

EL HOMBRE, LA MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

por el prof. Dr. JOSÉ GARCÍATELLO

El hombre es la común medida de las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son.

PROTAGORAS

He aquí un pensamiento que incide no sólo en la obra de los creadores, artistas, arquitectos, ingenieros, constructores, sino en cada acto que el hombre realiza; y aunque Protágoras era un sofista, el epígrafe bien nos señala el profundo sentido humano que tiene para el hombre, la vida.

Las dimensiones humanas en el sentido más lato de la palabra, aparecen proyectadas en el tiempo y el espacio, en la materia y el movimiento, y constituyen una base real para el uso del género humano.

Morfológicamente o anatómicamente, si se quiere usar otra palabra, el hombre está dando la medida física de todas las realizaciones humanas, ya sea utilizando su unidad o su múltiplo. Lo mismo la mesa que la silla, el cuadro que la estatua, el utensilio que la máquina, la puerta que la ventana, el templo que la fábrica o la casa, el angstrom que el año luz, todos están dimensionados por la figura humana.

Desde el punto de vista fisiológico, el problema no es diferente, y el técnico y el científico o el artista tiene que considerar la manera de ver, oír, respirar, oler, gustar, palpar, en una palabra, las distintas funciones del ser vivo, para adaptar los elementos, los cálculos o la producción estética a los sentidos.

Miguel Angel expresó: "Quien no sepa estructurar un cuerpo humano no podrá construir un edificio."

Y no se puede construir, si no se conocen las leyes fisiológicas en relación con el aire que se respira, con la luz que nos falta o nos quema la vista, con el penoso silencio o el ruido ensordecedor del huracán que pasa o de la melodiosa armonía que nos hace felices.

La medida térmica, así aparentemente la da el agua, en verdad la señala la vida humana. Si no se conocen las leyes biológicas que caracterizan la salud, el desarrollo normal y el bienestar humanos, en una sociedad civilizada la seguridad, el progreso y la alegría desaparecerían del globo terráqueo.

Pero no se trata de hechos y fenómenos anatómicos y fisiológicos solamente, sino de que el hombre da la medida también en apreciaciones psicológicas que aparentemente nada tienen que ver en forma directa con el hombre.

Así, por ejemplo, los árboles abiertos hacia arriba, por el solo hecho de tener sus ramas divergentes, producen alegría. Resulta extraño, ¿verdad?

No es extraño si pensamos que el hombre vive en función del hombre, y que hasta al espiritualista más recalitrante lo que lo preocupa no es no ver a Dios, sino el quemarse vivo.

El hombre vive pensando en el hombre, celebrándolo, llorándolo, amándolo, aplaudiéndolo, castigándolo, estimulándolo, odiándolo.

Sus gestos y sus actitudes fundamentales proyectan un común denominador para todos los seres y las cosas, y muy en especial para el hombre.

Byrd, en su maravilloso libro "Soledad", señala que ella es un excelente laboratorio, en el cual se puede observar el punto hasta el cual las maneras y costumbres son condicionadas por los demás seres.

Después de meses de aislamiento, ha olvidado reirse con fuerzas: "Esto me lleva a pensar que la risa audible es principalmente un mecanismo para compartir el placer." "La ausencia de conversación —durante meses— hace que me resulte más difícil pensar en palabras. Hablo para mí mismo y escucho las palabras, pero me resultan huecas y extrañas."

Lo alegre es el hombre alegre, lo serio es el hombre serio, lo triste es el hombre triste.

Tome usted un lápiz y haga tres círculos. Dibuje de la manera más rudimentaria tres caras con rayas simples. Una con rayas transversales en vez de boca, nariz y ojos; otra con rayas quebradas, en ángulo hacia arriba; y otra con rayas quebradas en ángulo hacia abajo y observe lo que resulta.

La cara de rayas transversales será seria, inexpresiva de emotividad, hosca, pudiera ser hasta dura. La de ángulos abiertos hacia arriba señalará siempre alegría, ironía, picardía, hasta risa. La de ángulos abiertos hacia abajo será triste, penosa, angustiada, llorosa si se quiere. Con todas sus variantes y combinaciones esto lo saben consciente o intuitivamente los pintores. En el primer caso se expresa el hombre fuerte, con control de sus emociones y de su musculatura; por algo dicen los soldados: no se ría en fila. En el segundo hay tensión emocional de carga positiva, que se descarga por vía muscular y secretoria junto con vasodilatación general. En el tercero hay relajación muscular y las comisuras caen hacia abajo, efecto de la carga negativa del llanto y de la vasoconstricción vascular.

Pues bien, esta simple cara del hombre, la proyectamos a los seres y las cosas.

El cedro, el pino marítimo, los pinos de estrella, son árboles severos por la horizontalidad de sus ramas; los árboles con sus ramas caídas hacia abajo son tristes, los llamados funerarios van al lugar de los muertos, y al modesto sauce de ramas colgantes se lo llama llorón. A la inversa, los árboles comunes abiertos hacia arriba nos producen alegría. Es la cara del hombre proyectada a los árboles que nos produce la misma emoción de la feliz expresión de la vida.

Esta es también la razón por la cual los militares usan hombreras que dan horizontalidad a sus trajes, ya que los hombros caídos producen sensación de pena, enfermedad y tristeza, poco adecuadas para un soldado.

El escote en un traje de mujer abierto hacia arriba es alegre y común en las fiestas, el transversal es serio.

Si proyectamos esto a la arquitectura observaremos que el fenómeno no es diferente.

¿Quiere Ud. magnificencia, sobriedad, severidad? Busque las líneas horizontales como en el Partenon o en el Lincoln Memorial.

Quiere Ud. recogimiento y oración, señalar el dolor y la pena, busque las líneas inclinadas hacia abajo como en el gótico. En cambio, los diseños con líneas abiertas hacia arriba como en las pagodas, reproducen la alegría de aquellos hombres que no temen al fuego eterno y al castigo y de nosotros mismos que las vemos abiertas como en nuestro gesto de risa.

Los árboles, los trajes y los edificios serán severos, llenos de unción, de tristeza o de alegría según observemos en ellos el gesto de nuestra fisonomía por trasposición psíquica.

Pero no es sólo en lo anatómico, lo fisiológico y psicológico que el hombre proyecta su medida. También, y en forma categórica, el hombre se proyecta en lo social y es así como cada grupo étnico tiene sus características, cada pueblo y región las suyas y cada país su estructura física y psíquica.

Tal vez en este aspecto no haya nada más representativo que la arquitectura. Es así como a través de las huellas antropológicas, de la alfarería y de los vestigios arquitectónicos, en una palabra de la arqueología, se puede reconstituir el alma de un pueblo, su vida y las características de su sociedad.

¿Quién me lo niega? Hasta los dioses han sido hechos a la medida del hombre, con sus cualidades elevadas a cifras logarítmicas, siempre malos y faltos de equidad para repartir.

El hombre, pues, es la medida de todas las cosas, en lo físico, en lo fisiológico, en lo psicológico y en lo social.

"Cuando adoro una cosa más que otra, adoro tan sólo la extensión de mi cuerpo o de una parte de mi cuerpo". "Tú no eres más que la réplica deslumbrante de mí mismo", dijo Whitman.

Protágoras, el sofista, llegó más allá e incluyó al hombre en la medida de lo no existente; hasta en el silencio, lo insípido, la oscuridad y la sombra, la carencia de sensación total del tetrapléjico y la ausencia de amor.

El hombre es también la común medida de las cosas que no son en tanto que no son; así lo dijo.

SEPTIEMBRE, O A PROPOSITO DE UN CUMPLEAÑOS

Cada cumpleaños es a la vez instante de partida y de llegada y raro es el individuo que no se siente inclinado a examinar el camino recorrido y el que queda por recorrer al arribar a uno de estos hitos cronológicos. Nuestro país ha cumplido este mes ciento cincuenta y un años de vida más o menos republicana y democrática y es interesante observar algunas de las actitudes que como nación pensante tenemos hacia nuestra experiencia colectiva.

En general, los chilenos tenemos aprecio por la cosa histórica. A priori, la historia se nos antoja como una deidad justiciera, una gran rectificadora de entuertos y malentendidos. Muy escaso de luces tiene que ser el político fracasado, el general derrotado o el gestor sorprendido si no atina por lo menos a balbucear las consabidas frasecillas acerca del juicio de la historia. "La Historia (con mayúscula) me dará la razón". O también, "Me entrego confiado al juicio de la Historia". Se espera con

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ